

## RASGOS DEL CARÁCTER ARGENTINO

Los argentinos se miran a sí mismos. Abundantes libros tienden a esclarecer el carácter de nuestro hombre medio. En los últimos treinta años esa propensión analítica adquirió mucho vigor y casi no hubo ensayista que no arriesgara una tesis acerca del espíritu nacional. No se trata de un empeño fortuito o carente de significado. Antes bien, revela que el país busca su "forma", su estilo, su fundamento vivo y operante.

Los políticos y los periodistas celebran las virtudes de nuestro hombre representativo o arquetípico; los sociólogos suelen mirarlo desde una perspectiva más sombría. Escasas son las obras que no se acogen a uno de estos extremos: halago o censura. No es nuestro propósito considerar el grado de razón que asiste a uno y a otros. Preferimos subrayar que esa tarea de autocontemplación y de rastreo ha sido pródiga en frutos. Mucho nos interesa saber cómo somos. No falta, sin embargo, el pesimismo profesional que afirma: "Previamente, es preciso saber si en realidad *somos*". Los críticos de costumbres de comienzos de siglo examinaron algunos sectores humanos: el guarango, el criollo suburbano, el patotero. Agustín Alvarez, Juan A. García, Carlos O. Bunge, Canela y otros escritores, observan con detención ciertos aspectos de nuestro organismo social. Algunos visitantes ilustres, como Keyserling y Ortega, estimularon esa vocación analítica. Este último nos habla del "hombre a la defensiva" y afirma que en nuestro medio lo funcional priva sobre lo sustantivo. Decimos, por ejemplo, que A es profesor de la materia X en la universidad Z, pero olvidamos decir si es bueno o malo como profesor. Otros observadores señalan que cierto respeto por lo institucional es nuestro rasgo más saliente. El individuo se halla como

preservado en la entidad en que está inserto. Asimismo, Alfonso Reyes estima que el respeto por las formas instituidas genera hábitos de urbanidad que merecen ser celebrados. Bien avenidos con las normas vigentes, somos clásicos innatos. No constituye excepción la buena ama de casa que, al organizar una fiesta, preceptúa con seriedad: "Los bocadillos son de rigor". Cuando de un casamiento se trata, no se quebranta el principio conforme al cual el automóvil de los novios "debe tener iluminación interna". La opinión de los otros es decisiva en estas materias.

Damos luego con el "hombre que está solo y espera". Concentrado, grave, atento a la construcción de su propio destino, su voluntad de afirmación le impediría volcarse hacia el mundo externo. La movilidad social que nos caracteriza, define en cierto modo su idiosincrasia. Situado en el incierto porvenir, no puede reposar en el deleitoso presente. Otros ensayistas juzgan que nuestro hombre medio está signado por el fatalismo y la frustración. Martínez Estrada levanta una vasta estructura interpretativa para probar que el medio físico nos determina: somos derivación y consecuencia pasiva de invencibles fuerzas telúricas. Nos hallamos ante un pesimismo trascendental de noble entonación poética. La naturaleza lo puede todo, en tanto que el proceso histórico es inoperante. El ombú maléfico y la pampa inhóspita se convierten en símbolos. La mitología cuenta aquí mucho más que la sociología. Oportuno es recordar, asimismo, la tesis de la Argentina invisible, que vendría a ser nuestra realidad más pura, si bien inmóvil como el río meditativo junto al cual se levanta Buenos Aires. Con lucidez y acierto, Sábato categoriza nuestra tristeza, voceada por el Tango.

Algunos escritores, entre los que se destaca Ismael Viñas, estiman que estos problemas son inseparables del contexto social-económico. Consideran insensato hablar de "esencias" nacionales, ya que toda comunidad es mudadiza, inestable. Toman el partido de la historia y renuncian al principio de identidad. Admitimos que nuestros atributos son cambiantes, pero creemos que no se transfiguran de modo instantáneo. En un momento dado es posible practicar un corte analítico. El mismo Viñas ya

no es el hombre que era hace algunos años, pero continúa siendo Viñas. Felizmente.

## Entre América y Europa

Tanto en el tiempo como en el espacio percibimos dos Argentinas. Como si se hubiera extraviado un eslabón de la continuidad nacional, en nuestras zonas más evolucionadas se advierte una escisión o ruptura entre los hábitos y modos del pasado inmediato y los que prevalecen en la hora presente. Este quebranto del orden sucesivo acaso sea la causa del tono pesimista y del sentimiento de culpa que singulariza a los rastreadores del espíritu colectivo. A diferencia de nuestros antepasados, tendemos a creer que no hacemos la historia sino que nos dejamos determinar por ella. Hemos perdido un estilo —se afirma— y no acertamos a reemplazarlo por otro que corresponda a la nueva realidad.

La disparidad, la línea divisoria a que aludimos será perceptible no bien confrontemos las costumbres vigentes en el interior con las que imperan en el denso Litoral. Para los devotos de nuestras reliquias aborígenes, Buenos Aires es una vasta toltería europea instalada en el linde de la pampa. Según esos teóricos sombríos, el malón depredatorio viene de afuera... En cuanto quiebra la calma continental, Buenos Aires sería una suerte de intrusa en América. Algunos ensayistas sostienen que la zona del Pacífico empieza en Córdoba. Quieren significar que en esa provincia ya se manifiesta una forma de vida que proviene de una cultura sedimentada y macerada por los siglos. Digamos, de paso, que todo ayer, en la medida en que el tiempo borra lo circunstancial y fortuito, nos parece orgánico, estructurado. En la franja que va de Córdoba a la cuenca del Plata se afianzaría un tipo humano que vive asomado al balcón atlántico. Aquí, el desarraigo, la incomunicación y la soledad multitudinaria.

Nos hallamos, pues, ante dos zonas entre las cuales vacila el argentino simbólico. Años atrás se sostuvo este punto de vista en un memorable debate organizado por la revista "Sur". Esa coexistencia de culturas mal integradas ha dado origen a muchos juicios severos y opresivos.

Así, por ejemplo, la "teoría de la culpa" o de la condena prefijada: estamos signados de antemano por un pecado original que, por otra parte, no sabemos bien cuál es ni en quién se manifiesta. Fulminación para americanos. Enfoque irracionalista que permite el desplazamiento de materiales alegóricos más expresivos de una tensión personal que de una tesis científica. Todo país es un arquetipo inmutable y, en consecuencia, no hay redención posible.

Sin embargo, somos testigos de continuas mudanzas y no queda descartada la posibilidad de "redención". Abundan quienes la buscan por un solo camino, como si nuestros problemas no reclamaran conductas globales y de conjunto. La exclusiva solución económica, que en un momento dado fue cautivante, tiene por objetivo un satisfecho país de indios gordos. Corresponde atender a lo concreto, pero con decisión paralela deben andarse los caminos de la educación moral y del progreso cultural. El esplendor monetario de Cartago, nada perdurable aportó a la humanidad. Con ello no queremos significar que los estímulos beneficiosos, cualquiera sea su procedencia y naturaleza, no hayan de tenerse en cuenta. Si hubiéramos desechado las ajenas culturas y el esfuerzo de todos los hombres de buena voluntad, todavía seguiríamos sentados sobre una calavera de vaca.

La tesis del desarraigo, que postula cierta inadecuación entre el hombre y su medio, posee sólida base. Su fundamento es el carácter desasido de aquellos habitantes que hacen de la tierra un mero lugar de explotación, no de inserción profunda. La naturaleza deviene un vasto instrumento manejado con desamor. También hizo camino el argumento de nuestra consabida tristeza. El trasplante de grandes grupos humanos habría generado una especie de humorismo malhumorado, además de cierto resentimiento tipificado por el "sobrador". Con acierto se afirma que estos rasgos del carácter medio pasaron al melancólico tango actual, tan diferente de su "iletrado" hermano del 900. Nuestra realidad fue indagada, asimismo, en función de la pampa. Pero esa perspectiva sólo puede adoptarse con relación al pasado. La ciudad capital gravita sobre la totalidad del país, y para gran parte de nuestra población joven o reciente, la

singularidad provinciana sólo se descubre y concreta en el sabor diverso de 14 tipos de empanadas.

## Nuestras Dos Areas Humanas

Porteños y provincianos. Ya algunas páginas de Sarmiento examinan esta dualidad de caracteres, estos dispares modos de ser que se reparten el mapa psíquico del país. En rigor, unos y otros se complementan y crean una suerte de equilibrio fecundo. La transición se afianza y cristaliza de manera más notoria en tierras interiores. Sin menoscabo del sentimiento de continuidad que no es privativo de ninguna zona determinada, la población que se congrega junto a la cuenca del Plata mira hacia el futuro y moviliza sus potencias creadoras con firme voluntad de renovación. En su espíritu convergen las más diversas formas y conductas sociales. Cuando la imaginación anda de vacaciones, se tiende a suponer que el color local y el rasgo pintoresco son atributos exclusivos de las provincias. Sin embargo, el escritor jujeño Jorge Calvetti, observó con acierto que el hombre típico de Buenos Aires presenta muchas facetas coloridas y curiosas.

Visto desde la quebrada de Humahuaca, suscita sorpresa en la medida en que se desprende con gran prisa de un tranvía para tomar un café o para concurrir a una oficina donde luego repasa con desgano las páginas del diario. Con frecuencia, se apresura para obtener una discreta ración de aburrimiento. Una especie de funcionalismo ya incorporado a su naturaleza le impone ese ritmo. La ciudad manda en él, y es justo reconocer que si adoptara otro comportamiento, tropezaría con dificultades. También genera asombro en el citado escritor el tono de algunas bromas "ciudadanas" que son habituales en rueda de amigos, y que más bien parecen enfáticas censuras o festivas agresiones. Si admitimos la existencia de muchos ángulos de contemplación habremos de concluir que lo pintoresco está en todas partes.

Regido por una concepción instrumental de la vida, el porteño se proyecta con mayor vehemencia sobre las cosas. Dicho estilo es condición y herramienta de la voluntad de progreso que lo singulariza. Por su parte, el

hombre del interior se inserta naturalmente en el medio físico y anímico donde discurren sus días. Raras veces enfrenta la realidad con el propósito de modificarla. En suma, cabe afirmar que la acción y la contemplación definen las dos fisonomías que dejamos bosquejadas. Ambas concurren a crear de modo armónico el unitario carácter nacional. Si toda civilización comporta o engendra un incesante aumento de necesidades —una por cada invento industrial—, no puede negarse que el hombre de la ciudad es más civilizado. Y ello, con prescindencia de la común raíz etimológica que tienen los vocablos *ciudad* y *civilización*. En cambio, el que arraiga en áreas mediterráneas tiene más “estilo”, como que se aviene sin desazón al orden natural de las cosas y se complace en cierto estoicismo de remota estirpe gauchesca.

Para la sensibilidad provinciana, el porteño adopta un tono demasiado asertivo, como si la duda nunca lo rozara; para nuestro arquetipo urbano, el hombre de tierra adentro adolece de un ritmo vital hartamente lento. El primero es, por encima de todo, espacio, actualidad, proyecto. El segundo es, de modo más notorio, tiempo, historia, buen avenimiento con el orden social heredado.

El típico lenguaje de las provincias, que en cierto modo corresponde al ciclo pastoril, por obra de los modernos medios de transmisión oral, desaparece o se borra gradualmente. Para las nuevas generaciones ciudadanas, vocablos que 20 años atrás todavía tenían dilatada vigencia, ya nada dicen. Y oportuno es recordar que en otras épocas el hombre de la ciudad se hallaba identificado con la vida campesina. En él se conjugaban el estilo agreste y el que prevalece en los centros civilizados. Expresiones como “el que venga atrás, que arrée”, nada significan para un porteño de edad escasa. Dicha expresión tenía validez, claro está, cuando el ganado era conducido por hombres, no por vagones ferroviarios. Lo mismo cabe decir de “piquetano”, en su antiguo sentido despectivo (Ya casi nadie toma posición en favor del individualista Martín Fierro y en contra de la partida alquilona). En cambio, la ciudad pone en todos los labios voces de origen industrial o técnico. Sospechamos que muchos jóvenes a quienes no les fue dado salir del perímetro urbano, pueden tomar a la letra este aserto del

gran humorista Macedonio Fernández: “El gaucho no existió nunca; fue un invento de los estancieros para entretener a los caballos”.

### El Tímido Borra las Pistas

No bien nuestro hombre medio gana la calle y advierte que sus actos y palabras tienen testigos ocasionales, adopta un severo sistema de represiones. “Creo que el morocho no acepta la gerencia”. Esta frase, o alguna de sus variantes, puede oírse en muchos lugares públicos de nuestra ciudad. También es dable oír: “Andá por allá después de las 15”. O bien: “¡Yo no entro en ese asunto ni por broma!”. El morocho en vez del nombre propio, allá y no la clara determinación del lugar, o asunto por un plan o tarea que se prefiere indefinir, son vocablos que ilustran con precisión acerca de un rasgo temperamental muy nuestro. Signos de contención preventiva, cuando no de timidez ante el desconocido que juzga y sopesa, dichas frases proyectan luz sobre nuestro carácter. Inversamente, muy suelto y explícito es el estilo que asumimos cuando la presión social es mínima. Entonces, nuestro lenguaje deja de ser pulido y misterioso.

La tímida reserva vendría a ser, pues, una de las constantes psíquicas de nuestro arquetipo. Si confrontamos estos modos verbales con los del colombiano o el brasileño, por lo general más extravertidos, habremos de extraer conclusiones no carentes de sabor. Casi no hay lector que, en trance de viajar a través de nuestra ciudad, no lleve su libro cuidadosamente forrado. Y adoptará esta precaución, menos para preservarlo que para evitar que su título resulte legible a los otros, a los que van a su lado. Esta vocación cautelosa suele resolverse en formas restrictivas y herméticas que, para los observadores procedentes de otras latitudes, son indicios de urbanidad discreta y de ponderación reflexiva. En rigor, las expresiones destituidas de cargas pasionales y los velos que se tienden sobre la realidad, si bien nos hurtan el sentir profundo de nuestro hombre típico, reflejan o suponen hábitos evolucionados que dicen de cautela y de prudencia. Nos hallamos ante un estilo

retráctil, ante un complejo repertorio de formas y convenciones que acabaron por crear, como lo observa Alfonso Reyes, una disciplina social tan estricta como laudable. El hombre que "se pone a tono", no sólo se suma sin fricciones al organismo comunitario, sino que anula o neutraliza de antemano el juicio adverso de los otros. En nuestro medio, todo lo instituido se torna sacramental.

Este modo de comportamiento público, en última instancia, es un sutil y delicado homenaje que el individuo tributa a la sociedad. El siguiente aserto —siempre que no se lo interprete literalmente— quizás contribuya a definir las costumbres locales: somos nórdicos en lo exterior, en cuanto grey ciudadana; perduramos latinos en la órbita de lo doméstico y privado. La reserva y la contención generan una suerte de repliegue general. Y es justamente esa actitud retráctil la que, obrando a manera de estímulo, engendra al buen observador, al hombre a quien no se le escapa ningún detalle del mundo externo. Así, la curiosidad invasora se halla en relación directa al encogimiento preventivo (Todo cuanto se vincula al mundo *visible* permanece sumiso a nuestra maestría, a nuestra insomne capacidad de indagación). No bien advierte que sobre su persona se posa el interés analítico de los otros, nuestro arquetipo trata de borrar las pistas, practica un lenguaje sibilino y aspira a mostrarse impersonal. Es caritativo y muy sensible al ajeno infortunio, pero no siempre se detiene ante el mendigo apostado en la calle o en el atrio. A veces, lleva la mano al bolsillo, vacila y finalmente se abstiene, porque lo están mirando. Su impulso, sin embargo, no puede ser más noble. Su mundo sentimental, aun en la sociedad de los amigos, es predio cerrado. A este respecto, he aquí una observación sagaz y justa del escritor A. López Peña: "El porteño dice te quiero pero jamás se arriesga a confesar la quiero". Aun ante los allegados oculta su potencial afectivo, como si el revelarlo fuese indicio de blandura o debilidad. Se lo anticipan muchas letras de tango: el casamiento es una abdicación de la vida jovial que llevaba con los "muchachos de la barra". Pero la vida es cosa seria para nuestro personaje simbólico. Afirma, pues con timidez, que cambiará de estado. Y que estará a la altura de sus nuevos compromisos y obligaciones.

## El Tango, Formalidad Coreográfica

La tristeza y la corrección: he aquí dos rasgos o aspectos de nuestro carácter que, no obstante parecer disímiles, se complementan y tienen un origen común. La necesidad de alcanzar una "forma", un aplomado estilo, es la causa notoria de ambas modalidades. Esa apetencia crea un estado de grave preocupación. Por otra parte, somos un pueblo muy sensible a la presión social y tendemos a corregir nuestra diversidad de fondo mediante la adopción de una conducta homogénea y casi ritual. Todo ello exige un esfuerzo anímico que genera una actitud de preventiva vigilia. Tenso y serios nos sumamos a la multitud callejera y ni aún en el centro luminoso de la fiesta dejamos de mostrarnos prevenidos. Grato es comprobar que en la doble o triple acepción del término, somos personas "formales".

Los escrúpulos y cautelas del arquetipo que bosquejamos responden al propósito de no "desentonar", de neutralizar el potencial irónico o la inclemencia analítica de los otros. Obra en función del prójimo. Cualquier traspié o laguna, puesto que lo muestra vulnerable, le ocasiona un malestar profundo. Su complacencia en lo correcto suele resolverse en un estilo acartonado que pronto asume la apariencia de una perfecta disciplina colectiva. En materia indumentaria, por ejemplo, sabe "lo que se lleva" y cómo "debe llevarse".

Muchos ensayistas han visto en la tristeza un rasgo anímico nacional. Sería consecuencia de un desajuste, de una improvisada formación étnica. Cancela observa que el tango impone a sus bailarines un aire reconcentrado, como si fueran los oficiantes de una solemne ceremonia plástica. Nunca se abandonan a la magia festiva, nunca se olvidan de sí mismos. Por su parte, Scalabrini Ortíz considera que nuestro hombre medio, mezcla de criollo y de inmigrante, en la medida en que desea afirmarse y "hacer carrera", vive preocupado y juzga frívola toda actividad ajena a sus severos planes. Posteriormente, los radiógrafos de nuestro ser colectivo nos atribuyeron un "destino trágico", una especie de fatalidad telúrica más fuerte que las mudanzas que trae el tiempo. Puesto que el hombre y la naturaleza —según esa tesis condenato-

ria— hacen del nuestro un país de infortunio, “somos parias en eriales de penitencia”. El ombú es árbol maléfico y el viento sur, cuando viene con ímpetu de malón, derriba las cabañas pampeanas. Algo nos distingue, de todos modos. Halago inverso y privilegios sombríos. Muchas de estas notas son justas y certeras. Lo cuestionable es su carácter prefijado, su férreo determinismo, su sello de eternidad. En este plano nocturno, la voluntad humana ya no impulsa el motor de la historia.

Dentro del ámbito nacional que nos ocupa, el trabajo no tiene un inmediato fin hedónico, sino que es la grave manifestación de un espíritu previsor. Lo que estimamos explicable y sensato en hombres de edad avanzada, no se justifica en quienes de antemano, se siente jubilados y artríticos. El objetivo último del esfuerzo es menos el deleite que la seguridad consolidada y el prestigio social. Ganarse el pan —dice Miller— se vuelve cosa más importante que comerlo. Estas propensiones se vinculan a la movilidad y a la espléndida fluidez que singularizan a nuestra comunidad, cuyos integrantes pasan de un estamento a otro con un ritmo acelerado que en pocos países es perceptible. Las puertas del mañana están abiertas. Esa empeñosa voluntad ascensional, en la medida en que pesa sobre el espíritu, impide que nuestro “personaje” se abandone con liberal soltura al usufructo del presente. Reconcentrado y grisáceo, su ánimo no está para bromas. Es un rico venero de proyectos y la mejor contrafigura de la vacua y “dolce vita”. La coreografía del tango, por ejemplo, tiende a ser, no expresión de alegría sino de grave eficacia y de solemne pericia. Como en la palestra medieval el estandarte, permite clavar el yo en el centro del salón.

### El Lenguaje de la Afirmación Personal

Ningún habitante de nuestra ciudad, dotado de audición normal, ignora esta expresión corriente: “¡Me lo vas a decir a mí!”. O bien: “Conozco perfectamente el asunto”. También se familiarizó con la frase “Cuando él va de ida, yo vengo de vuelta”. Y en un plano más pulido: “Yo soy el tipo de los pantallazos. Visión rápida: hay que hacer esto y aquello y lo otro. Los detalles, a cargo del

secretario”. Expresiones de esta naturaleza son relativamente nuevas, pues el criollo de otras épocas se complacía en “prudenciar”. La seguridad es rasgo que define a un considerable sector de nuestra población media y, de modo preferente, como es natural, a quienes no han ingresado en la edad de razón, si bien es cierto que no pocos hombres maduros eligieron la puerilidad. Un imperioso anhelo de afirmación personal alienta en dichos modismos, de muy nítido cuño local. El uso acabó por legitimarlos como parte del capital idiomático circulante. Asimismo, la difundida pregunta aniquiladora: “¿A quién le ganó?”, sugiere una concepción de la existencia centrada en la voluntad de supremacía o identificada con la incesante pericia victoriosa. Concepción en verdad estimulante que hace de la vida una curiosa y atrayente carrera de obstáculos.

Toda expresión cuyo contenido deja de interesar, pronto se retira de las mentes y de las bocas, si bien es cierto que la energía interior que la originaba puede pasar a otra forma verbal. Por mucho que se trasvase y asuma nuevas palabras, la continuidad del contenido es lo que ahora nos solicita. Claro está que frases como las citadas abundan en todos los países, pero la persistencia y el vigor de las nuestras, lo que podríamos llamar su tensión y su temperatura, es lo que corresponde tener en cuenta. Satisfechos con nuestro destino de conjunto, con lo que vemos y somos, también nos confortamos ante la certeza de tener “la avenida más ancha del mundo” y “las mujeres más dotadas de elegancia”, asertos que no refutamos, pero que debemos registrar a modo de indicios o símbolos, tal como el “objetivo” sismógrafo registra la sensibilidad entrañable del planeta.

Manifestación extrema y negativa de ese ejemplar humano que confía holgadamente en sí mismo es el famoso “sobrador”, arquetipo derivado que pisa con el talón, tiene opinión formada sobre todo asunto y ejerce una dialéctica de boliche que le permite poner en claro las muchas cuestiones que sus interlocutores tienen por confusas. Pero dejemos las excepciones para volver al tipo genérico. Digamos que suele irritarse y sufrir cuando, descuidada por un momento su guardia, deja en los otros la impresión de que su eficacia no es absoluta, pese

al empeño que pone en mostrarse identificado con el acierto. Es evidente que, al revelarse falible, el temor al ridículo inspira sus exaltadas reacciones. De ello es dable inferir que se trata de un ser primordialmente social, urbano, reflejo, bien integrado en el contexto civil. Procura mantener en alto su prestigio, que es un valor dependiente, un término de relación entre su beneficiario y los demás.

El aplomo verbal, el tono afirmativo y rotundo que lo caracteriza, puede concertarse con cierta sensatez fundamental. Advertimos en él atributos dispares pero no incompatibles. No debe sorprendernos, pues, que afirme sus pies en la vida cotidiana y que raras veces ceda a los encantos de lo utópico, a la ficción que miente prodigios. Se juzga bien dotado y a veces sufre una intoxicación del yo, pero ello no le impide recurrir al amigo que en tal o cual comercio "le hará precio", ni pensar con la máxima seriedad en la solidez económica de la caja de previsión donde está inscripto. Lo define un equilibrio de neta estirpe racionalista. La contrafigura de nuestro personaje sería cierto tipo de porteño tan propenso al humorismo como a la cortesía, y del que ya no quedan muchos ejemplares. Antes que aleccionar, consulta a los otros. Su paradigma más alto; el humorista Macedonio Fernández. Hombre tan cortés que fue a expresar sus condolencias a dos amigos, "pues no podré asistir a la inhumación de sus restos, porque ya ustedes habrán asistido al sepelio de los míos".

### El Imperio de la Corrección

Nuestro apego a la corrección no es ajeno, por cierto, al agudo sentido del ridículo, rasgo este último que se diría la piedra de toque o el sismógrafo de la sensibilidad nacional. Con frecuencia intentamos demostrar que somos buenos conocedores de la norma vigente, tendencia que nos lleva a disponer de un complejo repertorio de formas y actitudes ortodoxas. De ello se infiere que optamos por el "medio tono" y que nuestros gustos se identifican con el gusto clásico, con el precepto estricto, con los estilos autorizados por el uso. Es cierto que damos

con el muchacho que se complace en exhibir una corbata insólita o detonante, pero también es cierto que su audacia genera una especie de irritación secreta o de callada reprobación en quienes contemplan esa herejía lineal o cromática.

La sobriedad y la medida son atributos que, del alma colectiva, pasaron al plano artístico, como también a los momentos de abandono festivo. Abandono muy dosificado, por cierto. Quien se pierde con desprevenición en el vértigo del baile, con la suelta inocencia de ciertos europeos, si ya excedió la primera juventud, se gana el mote de "loco lindo". Asimismo, aquel que no se adapta a los compartidos hábitos indumentarios, "cree que todo el año es Carnaval". Este rigor formalista, cuando se vuelve extremo, viene a dar en su contrario, vale decir, agravia la coherencia y la armonía que le dieron origen. A veces, por ejemplo, el buen padre de familia, en la fiesta que sigue al casamiento de su hija, luce el ritual chaqué. Ostenta esa prenda de ceremonia, pero en la cocina. "Tiros largos" entre las ollas. Y el caso no es tan excepcional como puede creerse. La nutrida concurrencia y las reducidas dimensiones de la casa lo obligan a replegarse con los más íntimos a tan prosaico recinto. Su traje de gala contrasta con el ambiente. El respeto a las formas consagradas genera muchas situaciones de esta naturaleza. Nuestra corrección (los sastres locales gustan de este vocablo: *vista usted correctamente*) se ajusta a modelos prefijados que no es dable sortear sin que padezca afrenta el consenso público. Lo puramente estético queda subordinado a la norma imperante.

Alfonso Reyes advirtió en nuestro país cierta vocación normativa, cierta respetuosa adaptación a formas púdicamente impersonales. Con ánimo benigno, sólo se detuvo ante los efectos educativos de una constante presión social. Alienta aquí, nos dice, una fuerza consciente y premeditada que va plasmando, al manifestarse en las cosas humildes y diarias, una disciplina colectiva muy laudable. El mucho crédito que otorgamos a la apariencia, a la regla automática, es fuente de virtudes. Se trata de una especie de acatamiento institucional que, en última instancia, sirve de base a todo un sistema de urbanidad. Nuestros cuidados externos convierten la



vida en una carrera de obstáculos, haciendo que la calle misma se transforme en gimnasio o plantel educativo. Buenos ejemplos son la vertical pulcritud de los pantalones argentinos y el parejo estilo con que las damas se ciñen o tercián algunas prendas de vestir. Lo importante es no desentonar, allanarse al hábito vigente. Lo compartido y genérico prevalece así sobre toda pequeña disidencia o peculiaridad personal. Esta respetuosa nivelación republicana se revela también en el ánimo reverente con que juzgamos todo organismo abstracto, toda entidad estable, toda estructura poderosa. La institución argentina —señala Reyes— es superior a los individuos que la integran, y ello comporta una verdadera conquista democrática. La sociedad científica o la fundación artística cuenta más que sus componentes, por muchos méritos que ostenten estos últimos. He aquí un argumento de autoridad que está en todos los labios: “Lo dijo el diario X, nada menos”. No obstante los excesos que dicha propensión apareja, se logra así la suma de las virtudes individuales, y gozamos del magnífico espectáculo de una nación fundada sobre la cabeza de sus hombres. Hermosa experiencia que mucho interesaría a los enciclopedistas del siglo XVIII. Claro está que no debemos olvidar la filosofía de la persona... ni disolvernos bajo el horror a lo *diferente* y singular.

### Cuadros Sociales Abiertos

Los sociólogos han acuñado la expresión “movilidad social” para dar cuenta del tránsito positivo y ascendente que cumplen los individuos dentro del contexto humano en que se integran. Como se trata de una expresión circulante y conocida, la preferimos a sus congéneres menos habituales. Por otra parte, su contenido no es impreciso. Sugiere fluidez y dice de un horizonte abierto a variadas posibilidades de progreso.

Todo hombre es, potencialmente, una sucesión de proyectos, pero los planes y las aspiraciones del arquetipo local que nos ocupa no se agotan en mera subjetividad sino que tienen carácter aplicado y manifestación concreta. Con celeridad que causaría asombro en los países

de estructura estable, nuestro hombre medio pasa de un estamento social a otro y asume con premura los diversos estilos que esa mudanza constante le impone o le aconseja. Se diría que la incesante adopción de nuevas formas es la condición y el objetivo de su existencia. Se trata de una rápida evolución que, con mayor o menor fuerza, resulta perceptible en el doble plano de lo material y lo espiritual. A veces, claro está, quedan algunos estilos y modos de comportamiento a medio hacer, deficiencia que obliga a improvisar pericias y aptitudes, sobre la marcha. A lo largo del camino se vivieron experiencias que, por instantáneas y fugaces, no se anudan o eslabonan bien en los espíritus siempre arrojados hacia el futuro. Crasos y primarios modos verbales, por ejemplo, suelen darse en hombres que lograron justificado aprecio científico o artístico.

Para no pocas personas *evolucionadas*, la obligación de escribir una carta configura un verdadero drama postal y gramatical. Como si se hubieran esforzado en una sola dirección, consiguieron cultivar con eficacia, y a veces con brillo, una disciplina determinada, pero tal éxito comporta la renuncia o el sacrificio de nociones que hubieran hecho suyas a través de un proceso más lento. El hijo del atareado inmigrante se muestra menos propenso al gratuito goce del mundo que a la metódica “conquista” del porvenir. De ahí los heterogéneos aspectos de su interioridad y los desniveles que se advierten en su inestable repertorio de gestos, actitudes y vocablos. Pero se mueve en una perspectiva abierta, respira un aire adecuado al despliegue de la voluntad y, al margen de los estímulos oficiales nos ofrece desde abajo una lección de inquieta democracia práctica. Del boliche al consultorio. Inversamente, en no pocos países americanos y europeos, dentro del orden de la familia, el almacenero engendra almaceneros y el abogado se desdobra en abogados.

Cierta dama que profesa la música con discutible brillo, y que de otro país americano vino al nuestro, narró en rueda de amigos sus primeras relaciones con Buenos Aires. Su condición de forastera le permitía confrontar estilos y modos nacionales. Luego de amenizar la reunión con un desconcierto de piano, recordó que



un chofer que la había conducido hasta un teatro céntrico cayó en la demasía de hacerle la corte. Ni agrado ni desagrado: sorpresa. Venía de una tierra donde los estamentos sociales son rígidos y cerrados. Formada en ese ámbito, no podía liberarse de cierta concepción feudal de las relaciones humanas. "Pero un chofer..." exclamaba la perpleja concertista. Luego hubo de reconocer que su postulante parecía ser un hombre inteligente. Recordó algunas circunstancias personales que le había confiado aquél. Le había dicho que dedicaba al estudio sus horas libres, pues seguía cursos en una escuela industrial. Bueno... ¿ha visto? —acotó uno de los oyentes—, como llamándola a la realidad. La esponjada señora, por otra parte no exenta de ingenio y cordialidad, corroboró así un rasgo social que responde con justeza a nuestra vocación de futuro, más avicinada a la índole republicana que al espíritu de casta.

Acaso provenga de este sentido funcional de la vida, particularmente notorio en los centros urbanos, la contención y la seriedad que nos caracteriza. Y sin caer en profecías aciagas, subrayamos que es necesario velar a fin de que el progreso externo o visible no paralice o imponga un ritmo lento a la íntima evolución de nuestra humanidad arquetípica. Ya en nuestro siglo, pacificado el país y afianzadas las instituciones, el habitante de las ciudades crea valores para codiciarlos después. Este movimiento posesivo y práctico viene a trazar un deslinde entre la desligada vida pastoril y el ímpetu conjuntivo de Buenos Aires.

### La Familia, Deber Social

La vida es una seria tarea, un arduo oficio para el argentino simbólico que examinamos. Con todos los riesgos inherentes a los esquemas de esta naturaleza, cabe afirmar que esa grave tarea (ya Almafuerte vio en la vida un deplorable oficio) se manifiesta en obligaciones, formalidades y solemnes ritos que no sólo jalonan su destino sino que con frecuencia lo absorben y sustituyen. Antes de alcanzar los años de madurez, juzga que la vida de familia es importante y esencial, pero ligeramente opa-

ca. En cambio, tiende a creer que fuera de ella, es un ámbito exterior donde se siente libre, ya se trate de la calle o del café de la esquina, todo se vuelve más interesante, pero también más perecedero y frívolo. Veinte años atrás el cabaret era cifra y emblema de esa magia liviana que conjuga lo exótico y lo placentero. La pista de estos negocios menguantes fue luminosa palestra donde su empeño de afirmación personal podía cumplirse, ya arrimando a la beldad de turno.

Pero la contrafigura de este esplendor ligero y ficticio es la reposada existencia doméstica. Todo cambia cuando llega la hora de constituir hogar. Nuestro arquetipo admite —lo decimos con palabras bíblicas— que hay una edad para reír y una edad para llorar. No debe extrañarnos, pues, que asuma deberes y practique ritos caseros con un espíritu formalista propenso a la acartonada dignidad. Las ceremonias, digamos, que celebran el amor, el éxito profesional o el advenimiento del hijo, son iluminativas a este respecto. En la órbita de nuestro estilo, esos actos alegóricos o sacramentales no sólo constituyen severos compromisos emergentes de una acatada convención social, sino que suelen apagar o posponer la espontánea energía interna que presuntivamente les dio origen. Con frecuencia, tanto las ceremonias felices como las luctuosas son ocasiones que nos permiten mostrarnos conocedores de la norma y fieles al principio vigente. El que organiza una fiesta, pongamos por caso, ha de sentirse satisfecho menos por júbilo que vino a coronarla que por los cuidados formales que le dieron realce. El dueño de casa suele comentar: *No ha faltado nada; hicimos un buen papel...* En efecto, ningún detalle del ritual fue violado y, en consecuencia, el éxito guardó relación con los esfuerzos preparatorios.

En tesis general, cuando ha llegado el tiempo de ejercer una profesión, el argentino medio la considera un serio deber y no una forma de realización interior. Llegada la hora de fundar familia, como si embridara sus impulsos románticos, se detiene a examinar los compromisos y los esfuerzos que ha de imponerle su cambio de estado. Claro está que el ambiente, el medio económico y otros factores nada subjetivos, gravitan sobre su espíritu reflexivo y sobre sus decisiones. Pero "no es bueno que el

hombre ande solo", dice el texto sagrado. Asume, pues, la nueva responsabilidad. Entonces, como quien ingresa en orden monástica, suele declarar que los alegres días quedaron atrás, puesto que el matrimonio le dicta el estilo del hombre formal y hogareño. En una reunión cuya crónica está en cualquier tango, se despide de los "muchachos de la barra".

Es dable percibir una reacción semejante en el padre reciente, cuya dicha no excluye la reconcentrada dignidad. El júbilo ruidoso le parece inconveniente cuando se trata de saludar la multiplicación de la especie humana. Además, hay que pensar en el médico y en los libros escolares. Por encima de estas reacciones, en lo más alto de la escala afectiva, se yergue la condición de madre, que implica muy venerados atributos: resignación estoica, abnegación, generosidad. La imagen de la Madre Sufriente pasó del orbe religioso al terrenal. Se da por admitido que vino al mundo para ejercer el bien y probar el infortunio. Para todo aquel que padece, el sentimiento popular acuñó esta colorida frase: "X sufre como una madre".

### El "Sobrador" y sus Variantes

Afamados intérpretes del ser nacional se ajustan a un estricto método histórico y rehusan los datos inmediatos de la realidad. Puesto que los estilos y rasgos colectivos propias del siglo pasado en nada se asemejan a los actuales, parece ocioso desentrañar el carácter de nuestra comunidad en función del domador, la toldería o el ganado chúcaro. En este orden de cosas, los exámenes retrospectivos siempre orillan la leyenda y el mito. No es posible asumir esa actitud interpretativa y al mismo tiempo declarar que el hombre es un producto del medio social-económico. De quienes adoptan ambos rumbos, se ha dicho con acierto: cuando se interesan en el pasado dejan de ser materialistas, y cuando son materialistas olvidan el sedimento histórico. La técnica y la nostalgia llevan direcciones opuestas. Si las precedentes digresiones son válidas, fácil será admitir que nuestra psicología social ha de indagarse, no a través de prestigiosos símbo-

los yertos, sino en función de ese hombre oscuro y modesto que cuida, pongamos por caso, su precario jardincito en Liniers o en Villa Lugano. Por mucho que el sencillo empirismo y la directa observación de los hechos tengan cierto aire prosaico, es indudable que lo típico y representativo sólo puede rastrearse en los dominios de lo cotidiano.

Dentro de la galería de tipos humanos que florecen en estas latitudes, como subespecies o derivaciones que no pretendemos identificar con nuestro hombre medio, cabe mencionar al *vivo* y al *sobrador*. Este último es un personaje antisocial, cuya aplomada suficiencia dimana de una secreta inseguridad de fondo. Vive en estado de permanente tensión, siempre quiere decir la última palabra (como si fuera un tribunal de alzada), trae todas las soluciones en el bolsillo y cuando discute, menos que para desentrañar la verdad, lo hace para imponerse. Asociado a sus congéneres, integra la agresiva "patota". Por su parte, el *sobrador* que actúa en un plano más elevado, no bien la buena fortuna lo favorece, pierde naturalidad y soltura. Entonces, como si el puesto que ocupa se le hubiese subido a la cabeza, afirma que el ambiente donde resplandece le queda chico. Las circunstancias exteriores han modificado su inferioridad. Sabe que en nuestro país, todo aquel que asume una apariencia importante, no tarda en volverse importante. Cuando condesciende a saludar —inexpresivo el rostro y apretados los labios—, se diría que concede una merced. Como si la suficiencia lo hubiera mineralizado, adquiere una impasible rigidez de criatura neolítica.

El *sobrador* arquetípico cultiva cierto "chauvinismo" de puertas cerradas que, por cierto, nada tiene que ver con el sentimiento patriótico. El país es una especie de proyección natural de su persona; ensalza sus virtudes y sus riquezas para confirmarse a través de ellas, para ostentar lo que podría llamarse un envidiable "valor de situación". Si concurre a una fiesta, no será para divertirse, sino para triunfar. Años atrás, cuando todavía el tango era una ciencia aplicada y no una danza, y la gomina una brillante vocación nacional, cierto ejemplar de esta especie realizó un viaje a Francia. En uno de los salones que frecuentó quiso lucir sus pericias de baila-

rín. A su regreso, comentó esa experiencia con desencanto. "Allá son otras las costumbres... Salí a la pista, pero nadie me miraba; todos se divertían y estaban en lo suyo". Por lo demás, su conversación abunda en expresiones como "primero yo", "carpetas es lo que me sobra", "le puse la tapa", "a mí nadie me gana de mano", etc. En rigor, el *sobrador* es un sobrante social. Con frecuencia, su inventiva y su sentido humorístico se ejercitan a costa de los otros.

El *vivo*, digamos así, es una variante benigna del personaje genérico que dejamos bosquejado. Suele poseer rasgos estimables y no carece de simpatía comunicativa. Se inserta bien en los ambientes de la novela picaresca. Sus palabras son discretas y sus actitudes son mesuradas, pero detrás de ellas esconde un propósito especulativo, un plan cuya consumación habrá de reportarle beneficio o provecho. Practica una política secreta que le permite obtener "sin cargo" lo que normalmente se obtiene mediante retribución. Es el muchacho, valga el ejemplo, que se hace amigo del acomodador de cine para tener acceso gratuito al espectáculo. Cuando sus defectos se acentúan y exacerban, damos con el "ventajita", vocablo que, ciertamente, no se acuñó por mero azar. Este subtipo, que constituye legión, se pliega a las más variadas circunstancias y parece ser reflejo de una concepción materialista de la vida.

### La vuelta del Viejo Vizcacha

Después del armisticio de 1918, en todas las latitudes del orbe, los postulados del nacionalismo político se fortalecieron hasta la exacerbación. Encontraron respaldo en cierto fervor cerrado y limitativo que fue particularmente notorio en los países que padecen el complejo de factoría y que aún no accedieron a la etapa industrial. Contra los principios más vívidos y operantes a lo largo del siglo pasado —"el progreso une a los hombres", "breaguemos por la fraternidad universal"; "proletarios del mundo, uníos"— después de la primera guerra mundial pudo advertirse que las causas populares y las nacionales tendían a identificarse. Se produjo una gradual ato-

mización de reclamos y vindicaciones, pero al mismo tiempo se buscó en el pueblo el fundamento y la razón última de todas las luchas y las prédicas, sin excluir, claro está, las que se desarrollan en el campo internacional.

El acceso del obrero a la felicidad material fue el mejor justificativo de esos evangelios violentos y, de tal modo, el romántico sentimiento nacionalista de otras épocas sobrellevó una evolución que vino a desembocar en designios concretos y positivos, en planes donde los valores morales aparecen subordinados a fines esencialmente prácticos. Se quería modificar la realidad inmediata desde el dominio donde juegan los bienes instrumentales. La dignidad inherente a la condición humana habría de alcanzarse mediante la elevación del nivel de vida de los desposeídos; en consecuencia, la política se convirtió en una corriente tributaria de la economía. Esta concepción pragmática hizo todo su camino de la mano de aquellas remozadas y briosas concepciones para las cuales la circunstancia nacional, lejos de ser un etéreo motivo de prestigio o un acicate capaz de suscitar empresas heroicas y desinteresadas, es una especie de categoría irreducible y primera a la cual han de plegarse todas las disciplinas sociales y políticas.

De la abierta y desprevenida noción de patria al encierro excluyente media tanta distancia como la separa el justo reclamo movido por un anhelo de bienestar decoroso de la avidez obstinada y del empeño acumulativo que definen el espíritu grisáceo de la pequeña y alta burguesía. Bajo la gravitación de factores diversos, esa distancia dejó de ser perceptible en la intimidad del hombre medio argentino. Ya ni siquiera son imaginables las condiciones y las formas sociales del siglo pasado, es decir, de un tiempo en que cualquier estancia contaba con la población suplementaria de cinco o seis "agregados". La transformación operada, claro está, ha sido pródiga en venturosos resultados y en consecuencias indudablemente positivas, pero hizo caer el acento sobre una dinámica concepción de la vida que en cierto modo subordina el hombre a las cosas. Bajo su imperiosa influencia, la idiosincrasia de nuestro sujeto "representativo" ha sufrido una mudanza profunda. El régimen absolutista que antepuso el holgorio circense a los delei-

tes de la cultura —por cierto, más arduos— abrió profundo cauce a esas propensiones todavía difusas, nos adoc-trinó en el desprecio de todo aquello que no se cotiza en los mercados y se propuso difundir los atributos burgue-ses menos recomendables. La mansedumbre satisfecha siempre resulta grata a las conciencias autoritarias.

El afán adquisitivo, la ventaja ocasional, el provecho que no supone un justo reverso de esfuerzo o rendimiento y la prudente conservación del "status" económico alcan-zado, vinieron a configurar una arquitectura psíquica que, en verdad, nada tiene que ver con el estoicismo fatalista de nuestro antiguo hombre de campo. El sufrido trabajador que asciende al nivel de la calmosa clase media no tarda en adoptar los métodos preventivos y el cauteloso estilo que singularizan a esta última. El buró-crata en quien se advierten las propensiones del jubilado nato y que, cualquiera sea su edad, sólo vive en función de la senectud, es emblema y reflejo de esa previsora especie ascendente que en los últimos decenios se multi-plicó hasta lo inverosímil. En suma, la exasperación nacionalista, un ímpetu uniforme que sólo persigue la ordenada quietud y una fuerte apetencia de seguridad material —el vocablo previsión es el que se articula con mayor frecuencia en nuestro país— son las consecuen-cias más visibles de la política social que se practicó en los últimos años. En función de los individuos, esto es, de los objetivos próximos, estimamos que dicha política puede oponer alguna justificación a sus negadores; en función del país, la juzgamos funesta.

Oportuno es observar que ese tenso anhelo de estabi-lidad y resguardo persigue un bien siempre móvil y distante, ya que, en última reducción, es un modo de encauzar el quehacer de las sucesivas jornadas, un estí-mulo bajo cuya acción la vida de nuestro sujeto típico encuentra sustancia y sentido. Se trata de una meta ilusoria o huidiza que le permite mantenerse en estado de extrema tensión y que lo aparta del abismático vacío. A diferencia de otros pueblos americanos, a menudo propensos a dejarse llevar por el azar de los días, el nuestro se define por una grave tensión que excluye toda posibilidad de soltura y de abandono. En rigor, ignora el presente y codicia una seguridad bien aplomada que es

mu desvelo avasallante. La preservación del futuro —cui-dado propio de los viejos— empareja esfuerzos y volunta-des.

En la medida en que el hombre de una clase social determinada asciende con relativa facilidad a la inme-diatamente superior, nuestro medio no es propicio a las reivin-dicaciones violentas. Por otra parte, la condición flúida y cambiante de los estamentos populares, con la fuerza persuasiva de todo lo verificable y sustantivo, contribu-yo a fortalecer —más allá de nuestros gobernantes— la conciencia democrática del cuerpo civil. Y es justamente esa perspectiva siempre abierta, esa posibilidad de ace-lorada evolución material y cultural, la causa evidente de los desniveles y las contrapuestas facetas que percibi-mos en la hondura del individuo medio y consecuente-mente, en nuestra psicología colectiva. Por otra parte, es doble afirmar que las fuerzas prospectivas son, en últi-ma instancia, fuerzas estabilizadoras. El conformismo siempre supone un mínimo de aspiraciones que es preci-so llevar al terreno del quehacer cotidiano, o un mínimo de patrimonio que es necesario acrecer. Esperábamos la vuelta de Martín Fierro, pero ha vuelto el viejo Vizcacha.

### El Templado Clima Anímico

Hemos intentado, con dudosa fortuna, tender las coor-denadas capaces de orientarnos a través de nuestra psicología social. Delimitado, siquiera de modo impreciso, tan arduo terreno, acaso sea posible resumir lo ante-dicho y extraer algunas conclusiones de los hechos ex-puestos. El sencillo procedimiento empírico sólo se justi-fica en función de lo general.

En la hora presente, la gravitación de las antiguas costumbres criollas es poco menos que imperceptible. Movidos por el anhelo de ser diferentes y, en lo que concierne al siglo XIX, llevados por el afán de apartarnos de España, hicimos del gaucho la raíz y el dechado del ser nacional. Corrido el tiempo, nuestro héroe cerril alienta en el alma popular como uno de los muchos factores operantes. Es apenas un ingrediente de nuestro comple-jo laboratorio étnico. Somos humanitarios y generosos,

pongamos por caso, no porque nuestro arquetipo agreste obre como fuerza determinante, sino porque tales virtudes suelen reiterarse sobre la faz del planeta, ya se trate de la cuenta del Plata, ya del Támesis, ya del Don apacible. El gaucho, cuyos atributos son dignos de alabanza, es un mito sentimental que nos halaga —nada de repudiable hay en ello—, pero en modo alguno puede servirnos de punto de partida para desentrañar el carácter colectivo. Ahora bien: a medida que se aleja de nuestra realidad, se afianza con mayor brío en el terreno de la ficción literaria. La sola aparición del Martín Fierro bastó para modificar el valor específico y la resistencia interna de todas nuestras obras de imaginación. Confrontados con dicho poema, sus congéneres locales parecen borrosos y evanescentes. El infortunio y el coraje son los cimientos de esta obra fundamental, cuyo héroe padece la injusticia de un medio que le impone esta férrea alternativa: la sumisión o el homicidio.

La brusca evolución de que somos escenario no excluye cierta leve continuidad, cierta línea vertebral que los años no han borrado. El estoicismo, la sensatez y la vocación normativa definen a nuestro pueblo, también reconocible por su actitud receptiva y abierta al porvenir. Organizado el país en tiempos del libre examen y de la fraternidad universal, nuestras instituciones —erigidas después de Caseros— espejan con precisión esa época. Las ulteriores corrientes inmigratorias fueron respaldo vivo de la filosofía social por entonces adoptada. Nuestra mejor tradición es el porvenir —le oímos decir a un escritor nada propenso a los juegos verbales.

Las direcciones íntimas que dejamos señaladas se apoyan con recíproca firmeza: las fuertes convenciones que pesan sobre nuestra vida de relación se llevan bien con ese realismo sensato que es nuestro común denominador; el espíritu normativo pide un mundo estable y ordenado. Para nosotros, como para Schopenhauer, la pasión es el mal. He aquí una exhortación, muy frecuente: "Trate de ser objetivo". Todas las demasías —¡no hagás teatro! generan un asombro esencialmente adverso. El equilibrio formal y el imperio del medio tono definen a nuestra comunidad. A este respecto, el novelista europeo W. Gombrowicz observó con acierto: "Los

argentinos no caen en el melodrama, ni en el sentimentalismo, ni en la bufonada. Por lo menos, no caen jamás del todo. No condenan ni se avergüenzan tanto como nosotros. En ellos, la vergüenza es menos vergüenza; el arco, menos asqueante".

La exaltación del progreso, en tanto que expansivo mito dinámico, es otra de nuestras propensiones notorias. No se le rinde un culto candoroso, ni promueve ese éxtasis inferior de que nos habla Poe, sino que trasluce una aplomada concepción de la vida. El obrero europeo que se multiplica en hijos argentinos sabe de esa animada tensión hacia el futuro. Sus rudos trabajos dibujan el rostro del mañana. Los frutos de su esfuerzo rebasan el orden meramente material. Las salvajes pampas de antaño generan ocasiones de civilizado afinamiento. De haber nacido en el país de sus progenitores, esa primera generación de argentinos no hubiera podido exceder el ámbito artesanal de aquéllos. Asimismo, la expansión del estilo urbano, con menoscabo de los viejos modos campesinos, es otro hecho decisivo dentro de la evolución del espíritu nacional.